



Paz y Bien

BOLETÍN TRIMESTRAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

MAY - JUL DE 2025

Número 199

Donativo \$10.00 M.N.



*La Mujer
y la Iglesia Católica*

La mujer antes del Cristianismo (1)

Lo primero y fundamental que ha hecho la Iglesia Católica por la mujer es, lo que ha hecho por toda la humanidad esto es: traernos la salvación de Cristo. La dignidad que tenemos todos como seres humanos y especialmente, en el caso de las mujeres el reconocer hoy su increíble valor, el saber (las mismas mujeres y todos los demás) de

qué forma las tienen qué tratar los demás, todo esto viene de la cruz de Cristo y todo esto nos lo ha transmitido **la Iglesia Católica**. Según estas palabras, es evidente que “*sólo el bautismo y una fe vaga en Jesucristo*”, como creen los protestantes,

no forman al verdadero cristiano y no colocan al hombre en el camino de la salvación; que no puede el hombre ser verdadero cristiano ni conseguir su salvación sino en tanto que con el bautismo ***acepte, crea y practique todo lo que Jesucristo ha revelado a su Iglesia***, ya que su Iglesia nos enseña en su nombre; es decir, ***mientras no reconozca a la Iglesia, esté sumiso a Ella, y forme parte de Ella***. Aclaremos, pues, que este Cristianismo no es ni puede ser otro que ***el Catolicismo***, el único que no niega ni protesta contra

lo que Jesucristo ha enseñado; que lo admite todo, y que, unido a Jesucristo por la Iglesia, participa de la luz divina y de la divina gracia, y es el ***Cristianismo verdadero y perfecto***. Es necesario, pues, entender del Catolicismo, y del Catolicismo solo, todo cuanto diremos respecto a la acción del Cristianismo para la rehabilitación de la mujer. La mujer verdaderamente cristiana no es otra cosa que la mujer católica, ***y el Ca-***



tolicismo la ha hecho lo que debe ser según los designios de Dios, en el mundo civilizado.

Mujeres, ¿quieren convencerse de esta verdad? No tienen más que tender la vista en torno suyo, y ver cuál es la condición de su sexo en el seno del paganismo, del cisma y de la herejía. Y esto mismo sucede en todos los pueblos que no son cristianos o que han abandonado la fe, sean cualesquiera sus adelantos en las ciencias, en la literatura y en las artes, sea cualquiera el grado de su pretendida civilización.

Con la historia en mano, recordemos las condiciones de la mujer en las diferentes épocas y en algunos países del mundo, poniendo a la vista el horrible y repugnante cuadro de su humillación y de su esclavitud bajo el imperio del paganismo, del mahometismo, de la herejía y del cisma; a fin de moverla a adherirse con todo el amor y gratitud de que sea capaz a ésta, nuestra santa religión católica, que siempre ha luchado en beneficio de *la grandeza y de la verdadera libertad de la mujer*; y consagrarse de veras a Ella para sostenerla y exaltarla como Ella lo hizo y lo hará siempre con la mujer.

Uno de los espectáculos más odiosos y repugnantes que nos presenta la historia de la humanidad es la de la triste condición de la mujer *antes de la venida de Jesucristo*, lo mismo que en aquellos países donde, hasta la fecha, no se conoce ni se adora a Jesucristo como debe ser conocido y adorado.

Así como la historia de la verdadera Iglesia es en gran parte la historia de la grandeza y la gloria de la mujer, de la misma manera, la historia de las falsas religiones y de las herejías es la historia de sus desgracias, de su degradación y humillación, bajo el aspecto de su personalidad civil y humana.

El hombre, apóstata de la verdadera religión, abusando escandalosamente de su dignidad y de su fuerza, consideró siempre en todas partes como un deber, y se compla-

ció vilmente en envilecer a la mujer y en tratarla como al más despreciable de todos los seres.

El paganismo, la religión que el hombre inventó para satisfacer sus goces y sus pasiones, sólo inspira la opresión de la debilidad, la consagración y la apoteosis de la fuerza, en oposición a la verdadera religión, cuyo Autor es Dios y que ordena la represión de la fuerza y el respeto a la debilidad en las relaciones mutuas de los hombres.

Así, pues, tan pronto como esta religión perversa, esta obra maestra del demonio y de la necedad e impiedad del hombre se estableció en el mundo, la mujer, débil físicamente con respecto al hombre, fue la primera que experimentó, en todo su rigor, los terribles efectos que, a la fuerza, se habían atribuido en perjuicio de la mujer. En todas las naciones idólatras, la mujer era una esclava, y aun mucho más esclava que el hombre cuando éste caía en la esclavitud.

Por mencionar sólo algunos ejemplos, entre los babilonios, los fenicios, los tracios, los mongoles y los espartanos, la prostitución era obligación para todas las mujeres, como el servicio militar para todos los hombres. Situación de la que no podían salir para casarse sino después de años sirviendo al público en calidad de mujeres públicas. Por lo demás, la venta de la mujer estaba admitida en todos los pueblos de la antigüedad. Vendida por sus padres, se hacía propiedad mobiliaria de

quien la compraba y sufría todas las consecuencias de esta condición. Ella era vendida o muerta por su marido, según se le antojaba.

Aun en el matrimonio mismo, en casi todos los pueblos asiáticos, no era éste otra cosa para la mujer, que un largo y cruel martirio que sólo se terminaba con la muerte.



Si ella tenía la desgracia de envejecer en vida de su marido, o más bien de su tirano, tenía, éste, el derecho de deshacerse de ella por medio de la estrangulación, como se mata a una bestia cuando no se haya ya en estado de poder servir; y si el marido llegaba a morir, se inmolvaban sobre su tumba todas las mujeres o al menos aquéllas que más amaba, pues se decía, por ejemplo entre los Galos al igual que entre los Germanos, que ella debía ir a servirle al otro mundo.

Entre los partos, matar a su mujer, y aun a su hermana o a su hija, era para el hombre la cosa más indiferente. En general, en casi todos los pueblos paganos, el derecho de decidir sobre la vida o muerte estaba reconocido y garantizado por las leyes al marido, como al padre sobre sus hijos. De

modo que, no contento el hombre con haberse constituido como señor absoluto de su mujer, se había constituido también en juez de ella, y ya podemos imaginar lo que serían los juicios de un tirano.

“La mujer árabe en la tienda de su marido, hacía (o hace todavía) las veces del molinero, de panadera, de cocinera, de pastelera, de cafetera, de tejedora, de sastre y aún de albañil. Ella era también quien iba a buscar la leña, quien llevaba los animales al campo, etc., el hombre no hacía absolutamente nada. Mientras que la mujer trabajaba, él estaba sentado junto a su tienda bebiendo las tazas de café que su mujer le preparaba.” (La patrie, 26 de abril de 1854) El marido compraba una sirvienta para las necesidades de su vida animal, y no una *ayuda*, para las nobles funciones de la paternidad, que elevan

al hombre hasta asociarle a las funciones del Dios creador.

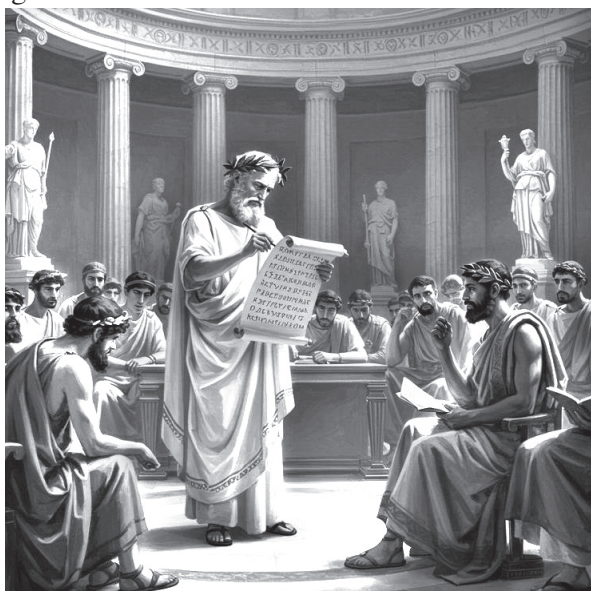
Podríamos pensar que, al menos entre los antiguos romanos y griegos, cuyas sabias leyes, cuya cultura y civilización tanto se ha ponderado, que cultivaron con ardor las ciencias y letras llevándolas a su mayor altura; que discurrían, hablaban y escribían tan bien, la condición de la mujer hubiese sido menos deplorable; pero nada de esto. También aquí, la prostitución estaba mandada por las leyes y consagrada por la nefasta religión pagana. En Corinto, por ejemplo, en un solo templo de Venus, a quien la ciudad estaba dedicada, había por lo menos mil meretrices que las familias más distinguidas estaban obligadas a ofrecer a la diosa tutelar para la comodidad de los devotos que iban a honrarla, en atención a que Venus no podía ser honrada más dignamente que con la prostitución; y aun era ésta una de las maneras de hospitalidad que se daba en las principales casas, además de ser un rasgo de cultura y de buen tono.

¿Cómo se comprende que esos pueblos se condujesen tan mal con las mujeres, y que fuesen ultrajadas, y más oprimidas en esos pueblos que en los demás?

La filosofía griega, a imitación de la fi-

losofía india, china, persa y egipcia, fue siempre inexorable con la mujer; jamás abrió la boca para tratar de ella, que no fuese para degradarla y maldecirla. Se comprende lo que debía ser la mujer, esta desventurada criatura, para el hombre a cuya disposición había puesto la filosofía, el despotismo, el capricho y la crueldad. La gran Grecia, lo mismo que los países más bárbaros del mundo, no eran otra cosa que el infierno de las mujeres.

Se repudiaban las mujeres, no sólo por causa de esterilidad o por incompatibilidad de caracteres, sino por los motivos más vergonzosos o por los pretextos más frívolos. Envejecer o dejar de agradar era un crimen para la mujer romana. Sempronio, notable político, de una de las familias más ricas y destacadas de Roma, repudió a su mujer porque había asistido una sola vez a un es-



pectáculo sin su permiso; Sulpisio, hombre poderoso de Roma, repudió a la suya porque la encontró en la calle sin velo. Un día preguntaron a Paulo Emilio, político de la época, por qué se había divorciado de su mujer y el grave cónsul, respondió con la sonrisa: *“Por Hércules, yo he hecho lo que se hace con un zapato cuando molesta al pie”*. Cicerón, excelso escritor, político y orador romano, no sabiendo cómo pagar sus deudas no encontró otro medio mejor en la sabiduría filosófica, que el de repudiar a Terencia que había hecho los mayores sacrificios para hacer que le levantasen el destierro, para casarse con una mujer rica, a quien repudió también después de haberle gastado la dote. Catón, historiador romano de la época, llevó más lejos su infamia: al repudiar a su mujer tuvo cuidado, antes que ella saliese de su casa, de hacerla deshonorar por sus esclavos. Si estas personas graves, intelectuales e influyentes, se burlaban así de las santas leyes de la familia, podemos deducir cuál debía ser entre las gentes comunes y sencillas, que no eran tan escrupulosas, el desprecio de las mujeres, consagrado y enseñado por los grandes personajes de la época con sus semejantes ejemplos. No se podía llevar más lejos el desprecio de la mujer.

Mas si la mujer había dado motivo a la menor sospecha de infidelidad, y había provocado los celos del marido, era otra cosa muy diferente: se le despojaba de todos

sus vestidos y los esclavos la echaban de la casa azotándola por todas las calles hasta el lugar de su nueva morada. Y este castigo era un rasgo de clemencia; porque en tales casos, verdaderos o supuestos, el marido podía matarla, en atención a que, en Roma como ya dijimos, el marido tenía sobre su mujer el mismo derecho de vida o muerte que tenía sobre sus esclavos y sobre sus hijos.

Inútil es decir que en las relaciones de la mujer con un esposo semejante no se encontraba ese cariño mutuo ni sentimientos de respeto, de confianza y de amor que hacen tolerable la severidad de las leyes del matrimonio y forman la felicidad de los cónyuges. Todas las relaciones de aquellos matrimonios podían resumirse en estas dos palabras: *brutalidad*, por una parte, y *temor servil*, por otra.

Tal era el verdadero espíritu de la familia romana. Los tiernos afectos del esposo habían sido reemplazados por la dureza del señor. La mujer se veía obligada a temblar ante su compañero, como una esclava; porque podía a cada instante ser obligada a sufrir los tratamientos más crueles, y ser arrojada de la casa después de haber perdido su juventud, su belleza, su dote y cuanto ella tenía más precioso a los ojos del mundo, para morir de hambre o vivir en la deshonra. Era necesario confesar que la hembra del tigre era menos desgraciada en su caverna que la compañera del hombre lo era en su palacio romano.



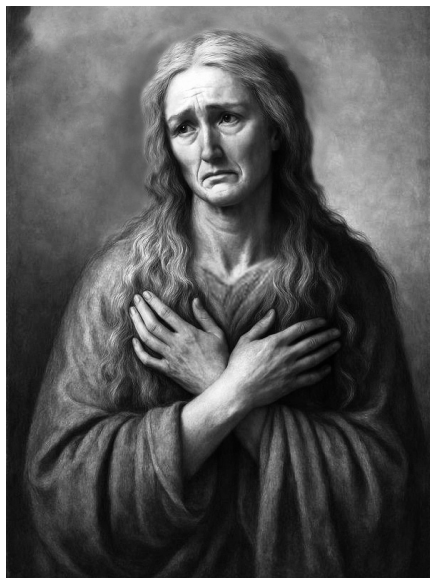
“La mujer pagana, que tan desgraciada era por los hijos que le quitaban, no lo era menos por los que se dignaban dejarle. Ella se veía privada casi siempre del respeto filial, del afecto tierno, de las caricias, de los halagos, de la confianza íntima de sus hijos, y de todo aquello que puede proporcionar la ventura de una madre. En primer lugar, los hijos no les pertenecían, sino que eran propiedad de su marido, y ellos lo sabían; ellos sabían también que su madre era una esclava, y que al día siguiente podía ser lanzada del hogar doméstico. Y bien, ¿qué respeto, qué amor podía ella esperar de aquellos que al día siguiente serían extraños a ella y se avergonzarían de reconocerla por madre?”

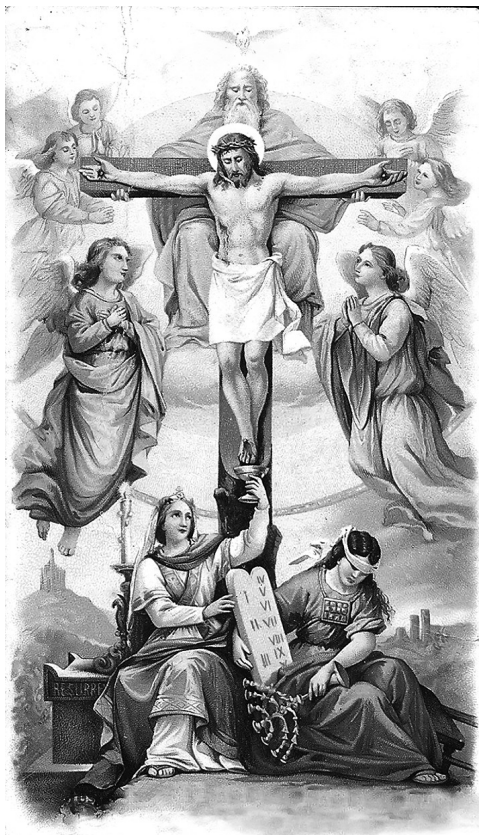
Porque, en efecto, viéndose ella, mañana sin esposo y sin fortuna, vagaría por las calles sola y a pie con la frente inclinada, en tanto

que ellos pasarían a su lado sobre sus doradas carrozas.” (Gaume, Part. I Cap. XI).

La mujer pagana llevaba toda la carga de los deberes del matrimonio, sin poder decir a su compañero: amigo mío; y sufría todos los dolores de la maternidad, sin poder decir al fruto de sus entrañas: hijo mío; ella era el único ser fuera de su estado natural; el único ser colocado en la imposibilidad de conseguir su destino en este mundo; el único ser que no podía decir ni un solo instante: me hallo contenta; el único ser en estado de angustia, de sacrificios y de sufrimientos permanentes, sin recompensa de ninguna especie; el único ser extraño a la felicidad, el más desventurado de todos los seres dotados de alma.

Es, pues, imposible imaginar, en un ser humano, una condición más humillante, más lamentable ni





ñera, madre y cabeza de la familia y no una propiedad del hombre, era el pueblo judío; porque los judíos eran el único pueblo de la antigüedad que profesaba el Cristianismo *en preparación a la religión verdadera*.

La mujer judía no podía participar en las fiestas religiosas, no podía leer la Torá, estaba sometida constantemente a rituales de purificación como si su propia naturaleza femenina fuera una cosa mala, tampoco podía ser testigo en los juicios. Si era sorprendida en adulterio se le podía matar y tenía que soportar, por ejemplo, que su marido pudiera casarse con muchas otras mujeres, esto sólo por mencionar algunas cosas. Aun con todo esto, la mujer de este pueblo no se podía repudiar sino por una causa justa, ante el ma-

gistrado, en presencia de testigos, y después de cumplir otras formalidades que la ley exigía, lo cual hacía el repudio muy raro y muy difícil, y todo esto era en favor de la mujer.

Y viendo que algo de esto sucede aún en nuestros días, en presencia de la posición honrosa en que la civilización cristiana ha constituido a la mujer entre los europeos, puede juzgarse cuál sería la terrible condición de esta desventurada criatura antes del establecimiento del Cristianismo, cuando no había vestigios ni aun ideas de esta civilización.

No podemos dejar de mencionar y reconocer también, que antes del establecimiento del Cristianismo, el único pueblo de la antigüedad donde la mujer era una persona y no una cosa, una esposa y una compa-

ñera, madre y cabeza de la familia y no una propiedad del hombre, era el pueblo judío; porque los judíos eran el único pueblo de la antigüedad que profesaba el Cristianismo *en preparación a la religión verdadera*. La mujer judía no podía participar en las fiestas religiosas, no podía leer la Torá, estaba sometida constantemente a rituales de purificación como si su propia naturaleza femenina fuera una cosa mala, tampoco podía ser testigo en los juicios. Si era sorprendida en adulterio se le podía matar y tenía que soportar, por ejemplo, que su marido pudiera casarse con muchas otras mujeres, esto sólo por mencionar algunas cosas. Aun con todo esto, la mujer de este pueblo no se podía repudiar sino por una causa justa, ante el ma-

a muerte al hombre y a la mujer que cometían adulterio (Deut, XXII) igualando la condición y los derechos de la mujer a los del hombre. El marido era el jefe de la familia, pero no era señor de ella. Él tenía derecho a la obediencia de su mujer y de sus hijos, pero no podía disponer de sus vidas.

Matar a su mujer era un homicidio, y aún más odioso que otro cualquiera y como tal lo castigaban; mientras que, como vimos, en los pueblos paganos éste era un derecho o una cosa indiferente. Los pueblos de alrededor despreciaban a la mujer hasta rebajarla a la categoría de animal, algo que nunca hizo el pueblo de Israel. Y si tal era la suerte de la mujer esclava entre los judíos, es fácil comprender que la suerte de la mujer esposa debía ser todavía más noble y más feliz en aquel pueblo.

Esto se debía a que todo hablaba del Mesías a aquel pueblo: la



vida de los Patriarcas, lo mismo que los oráculos de los Profetas. Todas las ceremonias de la ley, todos los ritos y los sacrificios del culto no eran otra cosa que la historia de su vida, de los emblemas de su grandeza y las figuras de sus misterios; y estos sacrificios, estos ritos y estas ceremonias, no tanto por lo que eran en sí, sino por lo que significaban, ***recibían de la fe del Mesías una virtud anticipada***, que producía casi los mismos efectos para la purificación y la salvación de las

almas, que han producido después de que este Mediador celestial vino a realizarlos con los misterios de su Persona y la eficacia de su Sacrificio. Por consiguiente, hoy con la diferencia de que en el pueblo judío el Cristianismo se hallaba en el estado de germen, de figura, de expectación y de profecía, y que entre nosotros se halla en estado de cumpli-



miento, de realidad y de perfección. ***Israel era el verdadero pueblo cristiano de la antigüedad***, así como el pueblo cristiano es el verdadero Israel de los tiempos modernos. Los antiguos judíos adoraban al mismo Dios que nosotros adoramos, y esperaban su salvación del mismo Mediador, Jesucristo, de quienes nosotros esperamos la nuestra. Ellos profesaban el Cristianismo y seguían la verdadera religión; ellos eran el único pueblo de la antigüedad en que la mujer era considerada como igual al hombre y de la misma naturaleza que él; dotada de una personalidad completa, con derechos y deberes, lo mismo en el orden doméstico que en el orden civil. De aquí se deduce claramente que en los tiempos antiguos la mujer fue respetada y considerada como noble y sagrada, ***sólo por la influencia del Cristianismo, por un reflejo anticipado de su espíritu y de su gracia sobre ella.***

La misma creencia de que el Mesías debía nacer, según las profecías (Is, VII), de una Mujer, y de una Mujer Virgen, debía necesariamente poner a la mujer y a la virgen al abrigo del desprecio que pesaba sobre ella en todos los pueblos paganos, y aun tributarle una especie de respeto religioso. Jamás miraron con desprecio u oprimieron, de una manera bárbara, al sexo de que se creía que Dios se iba a valer para librar a su pueblo y dar al mundo su Salvador.

No podemos negar que aun con todas estas diferencias, la mujer

seguía estando bastante mal considerada e insuficientemente reconocida. Además, en Roma, por ejemplo, mientras la religión primitiva, la religión de Dios, se conservó pura con la ayuda de las costumbres y de las tradiciones, la idolatría permaneció casi desconocida, la mujer conservó mucho de su grandeza y dignidad; pero cuando las conquistas que Roma hizo en África, en Asia y en Grecia, se introdujo en ella el paganismo, con el infame cortejo de doctrinas y costumbres de las que ya hemos hablado, la constitución de la familia sufrió un gran trastorno, y la condición de la mujer se hizo en ella tan deplorable como en todos los demás países.

Y al final, por un modo u otro, desde la cuna al sepulcro su vida fue una serie no interrumpida de humillaciones, de sufrimientos y de dolores en todas partes.

Lo que la Iglesia Católica ha hecho por la mujer

¿Y cómo cesó para la mujer aquel estado lamentable de angustia, de degradación y de martirio para toda su vida? ¿Cómo recuperó ella los derechos que le pertenecen según los designios del Creador? ¿Cómo, no siendo más que un vil instrumento de los placeres del hombre, se hizo su compañera y su igual? ¿Cómo, no siendo más que una máquina al dar a luz a sus hijos, se hizo la madre y el ser más amado de ellos? ¿Cómo, no siendo más que una esclava en la familia, se hizo la

señora de ella, ante quienes se inclinan y a quien todos obedecen? ¿Cómo no siendo más que una cosa, se hizo una persona, y una persona llena del respeto y de los miramientos más cariñosos de todos cuantos la rodean? ¿Cómo manda hoy donde otras veces era despreciada? ¿Cómo aun, cuando llegue a vieja o se queda

viuda, se le reservará el primer puesto de honor, y la veneración y el afecto de la familia la acompañan hasta el sepulcro? ¿Por qué feliz revolución ha recobrado ella su libertad? ¿A qué debe ella el alto grado de consideración, de dignidad y de grandeza de que goza en la

familia y en la sociedad? ¿Es acaso a la cultura de las ciencias y de las letras? ¿Es progreso natural del espíritu humano y de la civilización? ¿Es a la sabiduría de las leyes civiles? Mujeres, esto es lo que se les dice y se les repite continuamente; pero serían muy insensatas en creerlo, porque nada de esto ha hecho cambiar su posición. La historia de todos los pueblos, como hemos visto, de todos los tiempos y de todos los lugares está ahí para probar lo contrario; es decir, para probar que

sólo deben al Cristianismo exclusivamente, las ventajas de que gozan.

Se quiere atribuir “*al desarrollo del espíritu humano y de la civilización*” el cambio sorprendente que se verificó después de la llegada del Cristianismo en la condición social de la mujer. Pero, ¿cómo puede explicarse que este “espíritu huma-



no” permaneciese en todo el mundo inmutable, despreocupado, desinteresado y dormido por espacio de cuatro mil años, en una materia tan importante? ¿Cómo se comprende que este “espíritu humano” o este “desarrollo de la civilización” esperase la voz y

la promulgación del Evangelio para despertar y hacer justicia a la mujer y levantarla de su postración? ***La muestra más clara de la verdadera civilización es precisamente el respeto y dignificación por la mujer y éste sólo se dio de la manera más perfecta, con la llegada del Cristianismo;*** y recordemos que cuando hablamos del Cristianismo como de la única religión tutelar de la dignidad y de la ventura de la mujer, sólo se debe entender por esta palabra: ***el Catolicismo.***

Las leyes civiles que han restituido verdaderamente a la mujer su lugar y su incomparable valor datan desde el establecimiento del Cristianismo, y sólo se encuentran en los códigos de los pueblos cristianos. Ellas no son otra cosa que la inspiración del Cristianismo, la expresión legal de los principios y de las creencias cristianas. En efecto, las leyes no son capaces de formar la religión de un pueblo; por el contrario, la religión sí puede hacer las leyes del pueblo, haciéndolas a su imagen, transformándolas, empapándolas e inspirándolas en el orden político y civil. De aquí se entiende muy claro, la imposibilidad de que un pueblo mahometano o idólatra, por ejemplo, adopte las leyes y las instituciones civiles cristianas, en este caso, las leyes que amparan a la mujer; o por el contrario, que un pueblo cristiano bien arraigado en su fe adopte las instituciones o las leyes civiles paganas.

Recorre el mundo, y donde no encuentres cruces qué adorar, podrás estar segura de encontrar a cada paso los signos, los monumentos y las pruebas más terminantes de la crucifixión y de la degradación de la mujer. Fuera de las creencias y del culto cristiano, en ninguna parte que vayas, encontrarás la menor idea, la más pequeña señal de la mujer igual al hombre, de la mujer esposa, de la mujer madre, de la mujer cabeza de familia, de la mujer propietaria, de la mujer

dueña de sí misma, de la mujer noble rodeada de dignidad, de miramientos y de respetos, tal como exige en los países cristianos. Es, pues, incontestable que ***la mujer debe sólo al Cristianismo cuanto ella es en estos países,*** y que uno de los efectos propios de la religión cristiana sobre los pueblos es la rehabilitación y la elevación de la mujer.

La llegada de Cristo

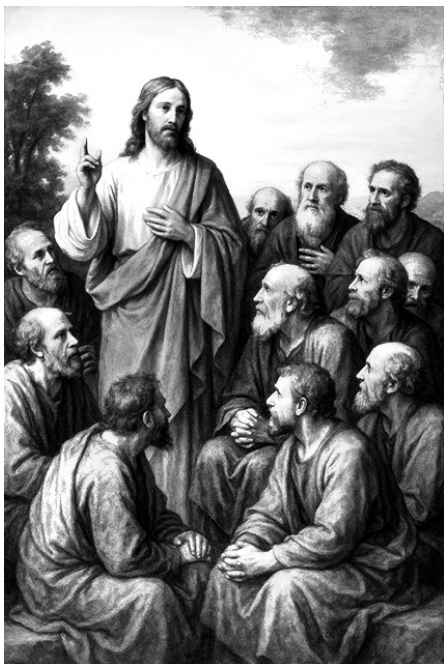
En el Nuevo Testamento, Cristo tiene un trato completamente diferente para su época con todas las mujeres; y aunque Cristo no contó con ninguna mujer en el grupo de sus Apóstoles, siempre las tenía a su lado, eran sus compañeras más leales hasta el punto de ser las únicas fieles que permanecieron al pie de la cruz; incluso fue a una mujer, a la que hizo apóstol de los apóstoles, ésta es María Magdalena, la primera a la que hizo testigo de, nada más y nada menos que de su Resurrección,



el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad. Cristo las quiere con un amor puro, dulce y respetuoso; y tanto es así que los judíos, en el Nuevo Testamento, le acusan falsamente de muchas cosas, pero nunca le pudieron, ni se les ocurrió jamás, acusarlo de estar teniendo una doble intención con una mujer: ese era el respeto, el cariño y el cuidado con el que se dirigía a ellas.

Cristo pone a las mujeres de ejemplo en sus parábolas, por ejemplo compara el Reino de los Cielos a una mujer que barre en su casa hasta encontrar la moneda que le falta, como las vírgenes previsoras que no dejan que se les apague el aceite de las lámparas, etc., mostrando que las cualidades de la mujer, como es la finura, la humildad, la generosidad, la abnegación, estar atentas a los detalles, el cariño, el cuidado, la ternura, que podrían juzgarse como propias de una persona débil y que no vale mucho son las que, no sólo son valiosas sino que el mismo Dios las posee y Él es así.

Después de que Cristo ascendiera a los cielos, los Apóstoles siguen el ejemplo de Nuestro Señor al tratar a las mujeres cristianas durante los primeros siglos. En la Iglesia primitiva abundaban las mujeres, pese a ser demográficamente muchas menos; había una mayor proporción de mujeres en la Iglesia que de hombres y muchísimas más que en otras religiones paganas, hasta el punto de que algunos escritores de la época como Plinio,



Celso y Porfirio se burlaban del Cristianismo y pensaban que debía ser una religión muy irracional porque a ella se estaban convirtiendo muchísimas mujeres. Y, ¿sabes por qué era esto? Porque era el único espacio en su tiempo en el que encontraban respeto y dignidad.

Aunque en el pueblo judío ya estaban condenadas muchas de las injusticias que se cometían contra la mujer, con el Cristianismo la situación del hombre y de la mujer se iguala verdaderamente en el matrimonio, tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones. El marido no podía abandonar a su mujer, el matrimonio era indisoluble y éste protegía siempre a la parte más débil que era la mujer. Además, el padre tenía que ser un padre afectuoso, no podía disponer de la vida de su mu-

jer ni de la de sus hijos que sí, como vimos, era común en las culturas clásicas. El Cristianismo trae una novedad radical porque tal y como nos dice San Pablo en Gálatas, en Cristo *ya no hay ni griego ni judío ni gentil ni pagano ni hombre ni mujer, sino que todos somos iguales en Cristo*.

El reflejo de esto es que los primeros países en comenzar a avanzar en reconocer los derechos y la dignidad de la mujer fueron los occidentales, los países tradicionalmente cristianos, mientras que, incluso hoy en día, son los países musulmanes y los países tradicionalmente paganos en los que la mujer se sigue considerando como un objeto pues las tasas de asesinatos a mujeres son espantosas y es un asunto del que nadie parece querer hablar, porque nadie parece querer reconocer que el Cristianismo es el responsable de que las mujeres en occidente estén tan bien seguras y reconocidas como estamos.

De hecho, las mujeres eran tan importantes en los primeros siglos del Cristianismo y contribuyeron tanto a que se difundiera el Evangelio por diferentes lugares que incluso llegaron a ser colaboradoras muy estrechas de los primeros Apóstoles. En el Cristianismo todo es igual tanto para el hombre como para la mujer salvo por la ordenación sacerdotal. Los demás Sacramentos se pueden recibir con los mismos requisitos y completamente en igualdad de condiciones. Hom-

bres y mujeres pueden llegar al máximo reconocimiento que otorga la Iglesia Católica que es la santidad o el ser mártir, y cabe destacar la inmensa cantidad de mujeres declaradas santas y/o mártires durante los primeros siglos de la Iglesia. Durante siglos los conventos y la vida monacal, fueron el caldo de cultivo perfecto para las mujeres más inteligentes de ese tiempo y la Iglesia dio la oportunidad, única para muchas mujeres de tener una vida culta, aprender a leer y escribir, conocer los grandes textos y formarse realmente. Además, las abadesas tenían verdadera jurisdicción, tanto espiritual como terrenal, en sus conventos. La Iglesia Católica abrió un mundo de oportunidades a las mu-



jeros y las mujeres, a su vez, abrieron un mundo de oportunidades a la Iglesia Católica. En el siglo XIX se da un verdadero bum connacional y hay muchísimas iniciativas de la Iglesia impulsadas, sobre todo, por mujeres; porque antes de que existiera cualquier institución o labor social, la Iglesia Católica ya se estaba encargando de los orfanatos, de dar comida a los pobres, de los niños a los que nadie quería, ayudando a la parte más débil que durante muchos siglos, incluso hasta hoy ha sido siempre con la ayuda generosa de la mujer.

Iniciativas que incluso consistían en irse a las misiones a otros continentes. Eran situaciones (antes impensables) en que las mujeres podían administrar solas, sumas considerables de dinero y ser sus propias jefas, por así decirlo, y eran oportunidades como las de viajar solas con las que jamás hubieran podido soñar mujeres casadas de la época y menos aún las mujeres de las antiguas civilizaciones.

Hoy cuando vemos estas cosas nos parecen muy evidentes desde la comodidad de nuestro sofá en nuestro país civilizado y occidental del siglo XXI, pero ya hemos visto, y ***nunca olvidemos que esto no siempre fue así.***

La mujer sí que tiene protagonismo en el Nuevo Testamento y llega a ser determinante en la evolución de la historia. Y qué decir de nuestra Madre Santísima, la Virgen María. El trato, el lugar, el reconoci-



miento, el amor, y la veneración que la Iglesia Católica le da a la Virgen María, todo el estudio que se ha hecho acerca de su figura, toda la teología, el desarrollo, el cariño maternal que le tenemos es la prueba más evidente y cierta del amor y de lo que la mujer es para la Iglesia. Hoy decir que la Iglesia Católica odia a las mujeres, es no haberse enterado nunca del lugar en que ha puesto a la Santísima Virgen María ni de la infinidad de Santas que desde los primeros siglos la Iglesia ha puesto a veneración y modelo de los fieles.

La mujer no es lo que debe ser sino en los pueblos cristianos. Hemos visto que donde quiera que el Cristianismo es desconocido la mujer es esclava, carece de personalidad civil y aun de personalidad

humana. Y en donde el Cristianismo está siendo abandonado, la mujer se desprecia a sí misma, es oprimida por la presión social, y rebajada hasta engañarla con infinidad de ideas nocivas para ella misma; y en nuestro tiempo, con todos sus supuestos derechos, sigue sufriendo toda clase de degradaciones con la dife-



rencia que hoy es con su consentimiento; volviéndose, por su gusto, una cosa que se usa mientras gusta o mientras entretiene, pero que después se puede tirar a la basura sin el menor escrúpulo. Por eso participar de ciertas teorías en favor del divorcio, del aborto, de los pecados contra natura, etc., sería en la mujer

tal necesidad e ignorancia como impiedad, porque esto sería conspirar contra sí misma y su verdadera libertad y por ende, contra su misma felicidad, temporal y eterna.

¡Sea para gloria de Dios!

(1) *La Mujer Católica por el R.P. Ventura de Ráulica Tomo I, Parte I.*